



La presente obra está bajo una licencia:
Atribución-NoComercial 2.5 Colombia (CC BY-NC 2.5)
Para leer el texto completo de la licencia, visita:
<http://creativecommons.org/licenses/by-nc/2.5/co/>

Usted es libre de:



Compartir - copiar, distribuir, ejecutar y comunicar públicamente la obra

hacer obras derivadas

Bajo las condiciones siguientes:



Atribución — Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciante (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o que apoyan el uso que hace de su obra).



No Comercial — No puede utilizar esta obra para fines comerciales.

LA ENCÍCLICA *LAUDATO SI'* UNA LECTURA DESDE EL REALISMO JURÍDICO CLÁSICO

Nelly Yurani Barbosa Ayala
Universidad Católica de Colombia

Resumen

El artículo considera los elementos que provee la encíclica *Laudato si'* a la comprensión de la fundamentación de la justicia ambiental desde el realismo jurídico clásico. Se sostiene que los conceptos de conversión ecológica, ecología integral y ciudadanía ecológica pueden ser traducidos al del derecho desde una perspectiva sobre lo justo en el realismo jurídico clásico. El trabajo se divide en tres partes: 1) una descripción de la encíclica *Laudato si'* como una nueva perspectiva de justicia ambiental; 2) una aproximación a algunos tópicos del realismo jurídico clásico; y, 3) algunos elementos convergente entre *Luadato si'* y el derecho y la ley en clave realista.

Palabras clave: Conversión ecológica, ciudadanía ecológica, justicia, bien en sí mismo, realismo jurídico clásico

Abstract

The article considers the elements provided by the encyclical *Laudato si'* the understanding of the foundation of environmental justice from classic legal realism. It is argued that the concepts of ecological conversion, integral ecology and ecological citizenship can be translated to that of law from a perspective on what is fair in classic legal realism. The work is divided into three parts: 1) a description of the *Laudato si'* encyclical as a new perspective of environmental justice; 2) an approximation to some topics of classical legal realism; and, 3) some convergent elements between *Luadato si'* and law and law in realistic key.

Keywords: Ecological conversion, ecological citizenship, justice, good in itself, classic legal realism

SUMARIO

INTRODUCCIÓN

1. La encíclica *Laudato si'*: una nueva perspectiva de justicia ambiental

1.1 La conversión ecológica

1.2 Ciudadanía ecológica

2. Sobre lo justo en el realismo jurídico clásico

2.1 El arte del derecho

2.2. La virtud de la justicia

2.3 El bien en sí mismo

3. Elementos jurídicos para una comprensión de la encíclica *Laudato si'*

Conclusiones

Referencias

INTRODUCCIÓN

En días recientes se dio a conocer que en una sentencia histórica, por fallo de una tutela (T-622 de 2016, M.P. Jorge Iván Palacio Palacio), la Corte Constitucional colombiana declaró por primera vez que un río “es sujeto de derechos” (el río Atrato, su cuenca y afluentes) y ordenó la protección y conservación inmediata del mismo a cargo del Estado.

En efecto, en la mencionada sentencia se declara que

[...] la naturaleza y el medio ambiente son un elemento transversal al ordenamiento constitucional colombiano. Su importancia recae por supuesto en atención a los seres humanos que la habitan y la necesidad de contar con un ambiente sano para llevar una vida digna y en condiciones de bienestar, pero también en relación a los demás organismos vivos con quienes se comparte el planeta, ***entendidas como existencias merecedoras de protección en sí mismas***. [...] En otras palabras, la justicia con la naturaleza debe ser aplicada más allá del escenario humano y debe permitir que la naturaleza pueda ser sujeto de derechos. Bajo esta comprensión es que la Sala considera necesario dar un paso adelante en la jurisprudencia hacia la protección constitucional de una de nuestras fuentes de biodiversidad más importantes: el río Atrato. Esta interpretación encuentra plena justificación en el interés superior del medio ambiente que ha sido ampliamente desarrollado por la jurisprudencia constitucional y que está conformado por numerosas cláusulas constitucionales que constituyen lo que se ha denominado la “Constitución Ecológica” o “Constitución Verde”. Este conjunto de disposiciones permiten afirmar la trascendencia que tiene el medio ambiente sano y el vínculo de interdependencia con los seres humanos y el Estado¹. (Fundamentos 9.27 y 9.31. Negrilla y cursiva en el original)

Ciertamente, el enfoque de la sentencia en cita, pone en cuestión la visión antropocéntrica por la cual sólo sería posible hablar de derechos en sentido propio cuando el mismo Derecho así lo estableciera. De forma que decir “tener derecho

¹ Así lo sostuvo la Corte en la sentencia C-126 de 1998: “La Constitución de 1991 modificó profundamente la relación normativa de la sociedad colombiana con la naturaleza. Por ello esta Corporación ha señalado [...] que la protección del medio ambiente ocupa un lugar tan trascendental en el ordenamiento jurídico que la Carta contiene una verdadera “Constitución ecológica”, conformada por todas aquellas disposiciones que regulan la relación de la sociedad con la naturaleza y que buscan proteger el medio ambiente”.

a” equivaldría a decir “el Derecho me concede”. Perspectiva tradicional que se soporta en la voluntad individual de acción regulada por la Ley. Pues como dice Ángel Latorre,

[...] las leyes establecen cómo puede adquirirse la “propiedad” de una cosa y reconocen al “propietario” un haz de facultades o poderes: de usar, de percibir los frutos y rentas, de disponer. Tal situación de poder es lo que se denomina técnicamente “derecho subjetivo”, a diferencia del Derecho como conjunto de normas, o de “Derecho Objetivo” [...] los derechos “subjetivos” son por tanto, situaciones de poder concreto que la ley ampara y de las que podemos usar discrecionalmente para satisfacer nuestras necesidades o intereses. (2000, p. 17)

En dicha perspectiva, no podría decirse entonces con propiedad que algo así como un río “tiene derecho a”, esto es, es sujeto de derecho; a lo sumo se podría decir que la naturaleza, y sus integrantes, son objeto de interés del Derecho simplemente por su carácter utilitario, económico o eficientista. Una de las tantas características o notas definitorias de la postura inmanentista o idealista sobre qué es el Derecho, cuál su fundamento y cómo se exige. Postura u opción intelectual que contrasta con la respuesta del *Realismo Jurídico Clásico* a ese (o esos) interrogante(s). Porque, como dice *Philosophica Iuris*, para el realismo “el Derecho es algo diferente a un acto de razón u obra de conciencia y que se encuentra en una realidad distinta de lo meramente material. [Mientras que para el idealismo] el Derecho es una Realidad de razón o de conciencia y que pertenece por ende a las obras humanas y al mundo de lo material” (2000, p. 9).

La perspectiva *Realista* posibilita entonces el dialogo con la segunda Encíclica del Papa Francisco, *Laudato si'*, que fue promulgada el 24 de mayo de 2015, y que constituye la primera vez en que un Papa hace del cuidado de la naturaleza, nuestra “casa común”, el tema mismo de una de sus encíclicas. Un documento que si bien no constituye un documento jurídico en sentido estricto, es una reflexión desde Magisterio de la Iglesia a la humanidad; pues, dice Francisco, “El desafío urgente de proteger nuestra casa común incluye la preocupación de unir a toda la familia humana en la búsqueda de un desarrollo sostenible e integral, pues sabemos que las cosas pueden cambiar” (*Laudato si'*, en adelante: LS, 13).

La aproximación jusfundamental desde el realismo jurídico clásico a *Laudato si'* se

propone abordar los problemas ambientales del mundo actual desde las causas de dicha problemática pero no con base en la habitual conexión de la justicia ambiental, con aquella parte del sistema estatal de administración de justicia, que se encarga de dirimir los conflictos relacionados con asuntos ambientales y ecológicos (el Derecho ambiental); pues su referencia no se dirige a las autoridades encargadas por el Estado para la gestión de los conflictos y de las estructuras desarrolladas por ellas para tal fin, sino al fundamento mismo de la justicia. Ya que, si bien el realismo jurídico clásico no se ha ocupado de forma directa del derecho ambiental, la carta encíclica 'Laudato si' provee elementos al paso de una reflexión teologal a una jurídica. Más aún cuando, como señala Hervada,

El rasgo típico del realismo jurídico clásico consiste en ser una teoría de la justicia y del derecho construida desde la perspectiva del jurista, entendido éste según se deduce de la clásica definición de justicia que se encuentra en la primera página del Digesto: dar a cada uno su derecho, dar a cada uno lo suyo. La función del jurista se ve en relación con la justicia: determinar el derecho de cada uno, lo suyo de cada uno. Ese derecho; esa cosa suya es el iustum, lo justo, de donde resulta que el arte del derecho es el arte de lo justo. (1988, p. 28)

En orden a dicha "traducción", es pertinente considerar el tema de lo que actualmente se ha dado en llamar "justicia Ambiental" (Bellmont, 2011) en la perspectiva realista, así como los elementos que involucraría para la persona humana el deber alteritativo para con ella. Trabajo que se desarrollará aquí en tres partes. En la primera se describirán los principales elementos de discusión de la Encíclica *Laudato si'* al problema ambiental. En la segunda, se identificarán los ejes de reflexión desde el *realismo jurídico clásico* resultan pertinentes a la discusión ambiental. Y, en una tercera parte, se presentará como el realismo jurídico clásico puede desarrollar una fundamentación metafísica del derecho convergente con *Laudato si'*. Después de lo cual se concluirá con algunas reflexiones respecto de la construcción de una justicia ambiental desde el punto de vista realista.

1. La encíclica *Laudato si'*: una nueva perspectiva de justicia ambiental

Francisco desde las primeras líneas de su encíclica se dirige a “cada persona que habita este planeta”, con quienes espera, además, “entrar en diálogo [...] acerca de nuestra casa común” (Cfr. LS, 3). Una declaración que pone de presente la vocación ecuménica y pluralista de su mensaje que persiste en todo el texto alimentado del aporte de otros papas, científicos, filósofos, autoridades de otras tradiciones religiosas y documentos jurídicos internacionales (como la “Declaración de Río sobre el medio ambiente y el desarrollo”). Ya que, dice el Papa Francisco:

Si tenemos en cuenta la complejidad de la crisis ecológica y sus múltiples causas, deberíamos reconocer que las soluciones no pueden llegar desde un único modo de interpretar y transformar la realidad. También es necesario acudir a las diversas riquezas culturales de los pueblos, al arte y a la poesía, a la vida interior y a la espiritualidad. Si de verdad queremos construir una ecología que nos permita sanar todo lo que hemos destruido, entonces ninguna rama de las ciencias y ninguna forma de sabiduría puede ser dejada de lado, tampoco la religiosa con su propio lenguaje. Además, la Iglesia Católica está abierta al diálogo con el pensamiento filosófico, y eso le permite producir diversas síntesis entre la fe y la razón. (LS, 63).

Las síntesis a las que se refiere Francisco pasan, no obstante, por asumir una perspectiva biocéntrica (perspectiva ética que reconoce valor moral a todos los seres vivos, humanos, animales, vegetales) opuesta a una perspectiva antropocéntrica; por la cual, toda la naturaleza está a disposición y es para el usufructo del ser humano, de suerte que este es la única fuente de valor moral de toda realidad.

La superación de dicho antropocentrismo requiere entender, según Pineda Rivera, que “la crisis ecológica tiene una raíz humana que es preciso desentrañar para dar paso a una nueva ecología; una ecología que integre en sí los problemas ambientales, sociales, económicos y culturales en orden a una mejor convivencia en la vida cotidiana, una sociedad en donde prime el bien común y una justicia que piense en el mundo que queremos dejar a las nuevas generaciones” (2015, p. 70). De ahí que el primer capítulo de la encíclica *Laudato si'*, dividido en siete partes, (LS, 17-61), se ocupe de describir la problemática actual y cómo ésta afecta el medio ambiente (en temas como *la contaminación y el cambio climático* LS, 20-22; *la cuestión del agua* LS, 27-3; *la pérdida de la biodiversidad* LS, 32-42; *el deterioro*

de la calidad de la vida humana y la degradación Social LS, 43-47; *la inequidad planetaria* LS, 48-52; *la debilidad de las reacciones* LS, 53-59; y *la diversidad de opiniones* LS, 60-61).

Según el Papa, a la base de la crisis ecológica se encuentra un *paradigma de dominio*: justificada en una errónea interpretación bíblica. Pues, bien dice Francisco:

67. No somos Dios. La tierra nos precede y nos ha sido dada. Esto permite responder a una acusación lanzada al pensamiento judío-cristiano: se ha dicho que, desde el relato del Génesis que invita a «dominar» la tierra (cf. Gn 1,28), se favorecería la explotación salvaje de la naturaleza presentando una imagen del ser humano como dominante y destructivo. Esta no es una correcta interpretación de la Biblia como la entiende la Iglesia. Si es verdad que algunas veces los cristianos hemos interpretado incorrectamente las Escrituras, hoy debemos rechazar con fuerza que, del hecho de ser creados a imagen de Dios y del mandato de dominar la tierra, se deduzca un dominio absoluto sobre las demás criaturas. Es importante leer los textos bíblicos en su contexto, con una hermenéutica adecuada, y recordar que nos invitan a «labrar y cuidar» el jardín del mundo (cf. Gn 2,15). Mientras «labrar» significa cultivar, arar o trabajar, «cuidar» significa proteger, custodiar, preservar, guardar, vigilar. Esto implica una relación de reciprocidad responsable entre el ser humano y la naturaleza. Cada comunidad puede tomar de la bondad de la tierra lo que necesita para su supervivencia, pero también tiene el deber de protegerla y de garantizar la continuidad de su fertilidad para las generaciones futuras. [...] 68. Esta responsabilidad ante una tierra que es de Dios implica que el ser humano, dotado de inteligencia, respete las leyes de la naturaleza y los delicados equilibrios entre los seres de este mundo, porque « él lo ordenó y fueron creados, él los fijó por siempre, por los siglos, y les dio una ley que nunca pasará » (Sal 148,5b-6). De ahí que la legislación bíblica se detenga a proponer al ser humano varias normas, no sólo en relación con los demás seres humanos, sino también en relación con los demás seres vivos [...] De este modo advertimos que la Biblia no da lugar a un antropocentrismo despótico que se desentienda de las demás criaturas. [...] Hoy la Iglesia no dice simplemente que las demás criaturas están completamente subordinadas al bien del ser humano, como si no tuvieran un valor en sí mismas y nosotros pudiéramos disponer de ellas a voluntad.

En ese sentido, Francisco pone en claro que el paradigma de dominio es fruto de una visión antropocéntrica propia del mundo y el pensamiento modernos y no de la tradición bíblica (como recuerda desde la perspectiva evangélica en el segundo capítulo que también se divide siete partes: *La luz que ofrece la fe* (Cfr. LS, 63-64), *la sabiduría de los relatos bíblicos* LS, 65-75; *el Misterio del Universo* LS, 76-83;

el mensaje de cada criatura en la armonía de todo lo creado LS, 84-88; *una comunión universal* LS, 89-92; *el destino común de los bienes* LS, 93-95; y *la mirada de Jesús* LS, 96-100). Lo que confirma Rubén Jaramillo cuando recuerda que la experiencia del hombre moderno se constituyó

[en oposición] a la experiencia cotidiana del hombre medieval donde la naturaleza le aparecía inmediatamente vinculada al más allá, donde era el *ens creatum* [...] Ya que, la experiencia que tiene el nuevo hombre del siglo XV (o por lo menos el hombre burgués) frente a la realidad deja de ser entendida en la perspectiva del trasmundo, en la perspectiva de un más allá, de la divinidad o de la providencia, para empezar a ser vista con base en una legalidad que le es immanente. El hombre comienza a vislumbrar leyes universales que rigen los procesos naturales y que esa legalidad es universal. [...] La relación del hombre con el mundo empieza a verse como una ecuación de medios y fines, como una relación pragmática vincula a la proyección de las fuerzas genéricas del individuo sobre la naturaleza considerada progresivamente como *mera materia prima*. (1993, pp. 35-39)

Las consecuencias de dicho pensamiento son sin duda la fuente del idealismo y positivismo dominantes durante mucho tiempo, incluso en la esfera jurídica. Mas Laudato si' es claro en advertir que no existe dos ecologías contrapuestas, una humana y otra natural, sino que “Todo está relacionado, y todos los seres humanos estamos juntos como hermanos y hermanas en una maravillosa peregrinación, entrelazados por el amor que Dios tiene a cada una de sus criaturas y que nos une también, con tierno cariño, al hermano sol, a la hermana luna, al hermano río y a la Madre Tierra” (LS, 92).

En acuerdo con lo anterior, el ecologismo por el que propugna Laudato sí' procura superar “[...] un antropocentrismo despótico que se desentienda de las demás criaturas (LS, 68). Y que ha propagado, como señala en el capítulo tercero, dividido en tres a partes, nexos nefastos entre creatividad y poder (LS, 102-105) “porque el inmenso crecimiento tecnológico no estuvo acompañado de un desarrollo del ser humano en responsabilidad, valores, conciencia”; una globalización del paradigma tecnocrático (LS, 106-114) que “condiciona la vida de las personas y el funcionamiento de la sociedad. [Porque] los objetos producto de la técnica no son neutros, porque crean un entramado que termina condicionando los estilos de vida y orientan las posibilidades sociales en la línea de los intereses de determinados grupos de poder; y una crisis del antropocentrismo moderno (LS,

115- 121), caracterizado porque “el antropocentrismo moderno, paradójicamente, ha terminado colocando la razón técnica sobre la realidad, [y] de ese modo, se debilita el valor que tiene el mundo en sí mismo.”

Semejante forma de antropocentrismo tiene, además, una nefasta consecuencia moral, pues “Cuando el ser humano se coloca a sí mismo en el centro, termina dando prioridad absoluta a sus conveniencias circunstanciales, y todo lo demás se vuelve relativo” (LS, 122). Lo que da pie a una cultura del relativismo indemne a cualquier verdad objetiva o principios sólidos. De ahí que “[...] no podemos pensar que los proyectos políticos o la fuerza de la ley serán suficientes para evitar los comportamientos que afectan al ambiente, porque, cuando es la cultura la que se corrompe y ya no se reconoce alguna verdad objetiva o unos principios universalmente válidos, las leyes sólo se entenderán como imposiciones arbitrarias y como obstáculos a evitar” (LS, 123).

En resumen, dice Francisco, “la técnica separada de la ética difícilmente será capaz de autolimitar su poder” (LS, 136). Y con ello, garantizar la preservación del trabajo (Cf. LS, 124-129) y el continuo replanteamiento de los objetivos, los efectos, el contexto y los límites éticos de la actividad científica humana que es una forma de poder con altos riesgos (LS, 131). Por eso el llamado, en el capítulo cuarto, a “una ecología integral, que incorpore claramente las dimensiones humanas y sociales” (LS, 137); en términos de una *Ecología Ambiental, Económica y Social* (LS, 138-142); una *Ecología Cultural* (LS, 143-146), una *Ecología de la vida cotidiana* (LS, 147-155); del *Principio del Bien Común* (LS, 156-158); y, de la *Justicia entre las generaciones* (LS, 159-162).

La apuesta de Francisco, en este punto, destaca que “cuando se habla de “medio ambiente”, se indica particularmente una relación, la que existe entre la naturaleza y la sociedad que la habita. Entonces, la naturaleza no es algo separado de nosotros o un mero marco de nuestra vida. Estamos incluidos en ella, somos parte de ella y estamos inter-penetrados” (LS, 139). De tal suerte que las preocupaciones sobre la ecología integral, son preocupaciones por el hombre, la familia, la sociedad, el bien común y la justicia que demandan de una conversión ecológica y una nueva ciudadanía ecológica como se verá a continuación.

1.1. La conversión ecológica

Al momento, Francisco ha advertido sobre la libertad ciega del lucro que amenaza la creación misma, que es un bien en sí mismo. Sin embargo, es conciente que “Si la crisis ecológica es una eclosión o una manifestación externa de la crisis ética, cultural y espiritual de la Modernidad, no podemos pretender sanar nuestra relación con la Naturaleza y el ambiente sin sanar todas las relaciones básicas del ser humano” (LS, 119).

Por lo tanto, para contrarrestar el cambio climático, la pobreza y las condiciones inhumanas se requiere de un enfoque integral de la ecología. No se pueden reducir a legislaciones, políticas o soluciones meramente científicas, económicas o técnicas. Para alcanzar un buen resultado, cualquier cosa que se haga, debe estar ceñida por una “*conversión ecológica*”, una verdadera conversión de la mente, del corazón, del estilo de vida y de la solidaridad. Pues, dice Francisco,

Hoy el análisis de los problemas ambientales es inseparable del análisis de los contextos humanos, familiares, laborales, urbanos, y de la relación de cada persona consigo misma, que genera un determinado modo de relacionarse con los demás y con el ambiente. Hay una interacción entre los ecosistemas y entre los diversos mundos de referencia social [...]. Si todo está relacionado, también la salud de las instituciones de una sociedad tiene consecuencias en el ambiente y en la calidad de vida humana [...]. En ese sentido, la ecología social es necesariamente institucional, y alcanza progresivamente las distintas dimensiones que van desde el grupo social primario, la familia, pasando por la comunidad local y la nación, hasta la vida internacional. Dentro de cada uno de los niveles sociales y entre ellos, se desarrollan las instituciones que regulan las relaciones humanas. Todo lo que las dañe entraña efectos nocivos, como la pérdida de la libertad, la injusticia y la violencia. (LS, 141-142)

Sin embargo, no hay, conversión moral posible en orden al cuidado de la creación sin una nueva solidaridad global que reconozca que “no hay dos crisis separadas, una ambiental y otra social, sino una sola y compleja crisis socio-ambiental. Las líneas para la solución requieren una aproximación integral para combatir la pobreza, para devolver la dignidad a los excluidos y simultáneamente para cuidar la naturaleza” (LS, 139). Por esa razón, destaca Francisco,

156. La ecología integral es inseparable de la noción de bien común, un principio que cumple un rol central y unificador en la ética social. [...]

157. El bien común presupone el respeto a la persona humana en cuanto tal,

con derechos básicos e inalienables ordenados a su desarrollo integral. También reclama el bienestar social y el desarrollo de los diversos grupos intermedios, aplicando el principio de la subsidiariedad. Entre ellos destaca especialmente la familia, como la célula básica de la sociedad. Finalmente, el bien común requiere la paz social, es decir, la estabilidad y seguridad de un cierto orden, que no se produce sin una atención particular a la justicia distributiva, cuya violación siempre genera violencia. Toda la sociedad –y en ella, de manera especial el Estado– tiene la obligación de defender y promover el bien común.

158. En las condiciones actuales de la sociedad mundial, donde hay tantas inequidades y cada vez son más las personas descartables, privadas de derechos humanos básicos, el principio del bien común se convierte inmediatamente, como lógica e ineludible consecuencia, en un llamado a la solidaridad y en una opción preferencial por los más pobres.

Como se advierte, al hablar de ecología integral, la *Laudato si'*, conjuga los términos ambientales, económicos, sociales, culturales y de la vida cotidiana, incluso haciendo referencia al bien común y a la relación entre generaciones diversas, pues “La noción de bien común incorpora también a las generaciones futuras” (LS, 159). Pero incorpora, además, un elemento capital: el tema de la *justicia*; porque, como advierte Francisco, “*Si la tierra nos es donada, ya no podemos pensar sólo desde un criterio utilitarista de eficiencia y productividad para el beneficio individual. No estamos hablando de una actitud opcional, sino de una cuestión básica de justicia, ya que la tierra que recibimos pertenece también a los que vendrán*” (LS, 159).

1.2 Ciudadanía ecológica

Cuando Francisco, en el quinto capítulo de la *Laudato si'*, muestra *algunas líneas de orientación y acción* (Cf. LS, 163-201) observa que todos tenemos un papel que desempeñar en la protección y el mantenimiento de lo que ha denominado *nuestra casa común*. Y, por ello, en *el Diálogo sobre el Medioambiente en la política internacional* (Cf. LS, 164-165), recuerda que

En las últimas décadas, las cuestiones ambientales han generado un gran debate público que ha hecho crecer en la sociedad civil espacios de mucho compromiso y de entrega generosa. La política y la empresa reaccionan con lentitud, lejos de estar a la altura de los desafíos mundiales. En este sentido se puede decir que, mientras la humanidad del período postindustrial quizás sea recordada como una de las más irresponsables de la historia, es de

esperar que la humanidad de comienzos del siglo XXI pueda ser recordada por haber asumido con generosidad sus graves responsabilidades. (LS, 165)

El llamado por una ciudadanía ecológica no se dirige, sin embargo, solo a los creyentes; pues “Urgen acuerdos internacionales que se cumplan, dada la fragilidad de las instancias locales para intervenir de modo eficaz. Las relaciones entre Estados deben resguardar la soberanía de cada uno, pero también establecer caminos consensuados para evitar catástrofes locales que terminarían afectando a todos” (LS, 173).

La estratégica mencionada debe replicarse, según Francisco, en un *Diálogo hacia nuevas políticas nacionales y locales* (Cfr. LS, 176-181); porque

[...] Ante la posibilidad de una utilización irresponsable de las capacidades humanas, son funciones impostergables de cada Estado planificar, coordinar, vigilar y sancionar dentro de su propio territorio. La sociedad, ¿cómo ordena y custodia su devenir en un contexto de constantes innovaciones tecnológicas? Un factor que actúa como moderador ejecutivo es el derecho, que establece las reglas para las conductas admitidas a la luz del bien común. Los límites que debe imponer una sociedad sana, madura y soberana se asocian con: previsión y precaución, regulaciones adecuadas, vigilancia de la aplicación de las normas, control de la corrupción, acciones de control operativo sobre los efectos emergentes no deseados de los procesos productivos, e intervención oportuna ante riesgos inciertos o potenciales. Hay una creciente jurisprudencia orientada a disminuir los efectos contaminantes de los emprendimientos empresariales. Pero el marco político e institucional no existe sólo para evitar malas prácticas, sino también para alentar las mejores prácticas, para estimular la creatividad que busca nuevos caminos, para facilitar las iniciativas personales y colectivas. (LS, 177)

No obstante, el cuidado de la casa común no puede dejarse solo en manos del Estado, porque “Dado que el derecho a veces se muestra insuficiente debido a la corrupción, se requiere una decisión política presionada por la población. La sociedad, a través de organismos no gubernamentales y asociaciones intermedias, debe obligar a los gobiernos a desarrollar normativas, procedimientos y controles más rigurosos. Si los ciudadanos no controlan al poder político nacional, regional y municipal–, tampoco es posible un control de los daños ambientales” (LS, 179). Ni tampoco un *Diálogo y transparencia en los procesos decisionales* (Cfr. LS, 182-188) y de la *política y la economía en diálogo para la*

plenitud humana (Cfr. LS, 189-198). Como destaca Francisco

189. La política no debe someterse a la economía y ésta no debe someterse a los dictámenes y al paradigma eficientista de la tecnocracia. Hoy, pensando en el bien común, necesitamos imperiosamente que la política y la economía, en diálogo, se coloquen decididamente al servicio de la vida, especialmente de la vida humana.

Y, en ese dialogo, es necesario volver sobre *las Religiones* (Cfr. LS, 199-201). Ya que, “es ingenuo pensar que los principios éticos puedan presentarse de un modo puramente abstracto, desligados de todo contexto, y el hecho de que aparezcan con un lenguaje religioso no les quita valor alguno en el debate público. Los principios éticos que la razón es capaz de percibir pueden reaparecer siempre bajo distintos ropajes y expresados con lenguajes diversos, incluso religiosos” (LS, 199)². Y de ahí la importancia de considerar a continuación los ejes de reflexión que, desde el *realismo jurídico clásico*, resultan pertinentes a una discusión ambiental convergente con *Laudato si'*.

2. Sobre lo justo en el realismo jurídico clásico

Como se señaló previamente, el realismo jurídico clásico es una opción intelectual de apertura, pues entiende que el derecho no se agota en la ley, ni es la misma ley. El concepto de derecho es polisémico, pudiendo designar diferentes realidades: cierto tipo de normas, poderes o facultades de los sujetos jurídicos, conjunto de conocimientos propios del jurista, tribunal donde se imparte justicia y/o la conducta jurídica (Vigo, 2003, p. 42). Por eso, no existe ningún equivoco en señalar con Hervada que

Plantear el tema del sujeto de derecho es plantear el tema de la persona en sentido jurídico, pues al sujeto de derecho se llama comúnmente, en lenguaje jurídico, *persona* [...] Ser persona en sentido jurídico ha sido entendido de tres modos: sujeto capaz de derechos y obligaciones, sujeto capaz de derechos obligaciones y ser ante el derecho. Tres formas que

² Debido a su ubicación teológica no se tratará aquí el sexto y último capítulo de *Laudato si'* intitulado *Educación y Espiritualidad ecológica* (Cfr. LS, 202), que a su vez se divide en nueve apartados, a saber: *Apostar por otro estilo de vida* (Cfr. LS, 203-208), *Educación para la Alianza entre la Humanidad y el Ambiente* (Cfr. LS, 209-215), *Conversión ecológica* (Cfr. LS, 216-221), *Gozo y Paz* (Cfr. LS, 222-227), *Amor civil y político* (Cfr. LS, 228-232), *Signos sacramentales y descanso celebrativo* (Cfr. LS, 233-237), *La Trinidad y la relación entre las criaturas* (Cfr. LS, 238-240), *Reina de todo lo creado* (Cfr. LS, 241-242), y por último, *'Más allá del sol'* (Cfr. LS, 243-246).

contienen matices, sin duda importante, pero de un valor secundario (2000, pp. 101 y 103).

En ese sentido, al realismo jurídico no le resultaría extraño admitir, como lo hace la Corte Constitucional colombiana en la referida sentencia, que el río Atrato, su cuenca y afluentes, tienen una entidad como sujeto de derechos; un *ser ante el derecho*, en uno de los sentidos señalados arriba por Hervada. Pues, en la concepción realista del derecho, si es posible o no hablar de un derecho subjetivo para un río (o el medio ambiente en sentido general) es un asunto secundario, pues lo indiscutible es que el *ius* genera una *actio*. Como señala Hervada en sus diálogos con Javier Escrivá Ivars

[...] claro está, que se tenga por idea firme que el derecho o *ius*, como objeto del arte del derecho y objeto de la justicia, no es el derecho subjetivo, sino la cosa debida. Esto supuesto, hay que advertir que muchas veces pueden interpretarse erróneamente como derecho subjetivo realidades que son cosas debidas, acostumbrados como estamos a verlo todo a la luz del derecho subjetivo. Así, por ejemplo, una servidumbre de paso no es en realidad un derecho subjetivo, sino que el *ius* o derecho es el libre paso. Otra cosa es que, siendo el *ius*, el derecho, lo debido, la cosa justa que hay que dar, en caso de que el deudor no lo satisfaga, no dé el bien que constituye lo justo, aparezca la facultad de exigirlo, el derecho subjetivo como *facultas exigendi* y ello dé lugar, por ejemplo, a una acción procesal civil o penal. No veo inconveniente en admitirlo, y no se me alcanza que haya ninguna contrariedad con el realismo jurídico clásico. Lo que ocurre es que, en tales supuestos, el derecho subjetivo es un derivado del derecho o *ius* en su sentido propio y primario. Sólo un derivado, en ningún caso un sustituto. Es una forma de manifestarse el derecho en cuanto es debido con deuda en sentido estricto. (2009, pp. 597-598)

En efecto, como el realista, en el sentido de que no parte de una idea, de una filosofía o de una ideología previa, tiene como punto de partida la observación de la realidad y ella le muestra que los fenómenos jurídicos son *hechos sociales*, no una noción, idea o teoría, y por eso no cae en el equívoco de confundir –como lo hace el idealista– que “el soy se reduce a aquello por lo que sé que soy: Soy porque pienso, soy mi pensamiento que se piensa, existo en mí y por mí” (Cardona, 1973, p. 101). Una confusión que lleva al idealista a considerar que la realidad es su creación y que no hay realidad distinta más allá de la propia subjetividad. Lo que desemboca, en el plano jurídico, la espuria conversión de la

facultas exigendi en el *ius*. Objeto del arte del derecho, como se verá a continuación.

2.1 El arte del derecho

Como se ha repetido ya en varias ocasiones, para el realismo jurídico clásico resulta indispensable admitir que “la realidad jurídica o fenómeno jurídico es lo propio del jurista, no de los legisladores. Ahora bien, ¿cómo se presenta la realidad social ante los juristas, o mejor, qué hechos sociales requieren el oficio de jurista y generan el *ius* o derecho?” (Hervada en: Escrivá Ivars, 2009, p. 587). La solución a esta pregunta es la clave del oficio del jurista, no del técnico en leyes, pues para el realista, a diferencia del idealista, el mundo del Derecho no se reduce a una “realidad” *normativa relativa*; *en cuanto que la ley, cualquiera que esta sea, y el ordenamiento jurídico, dependan totalmente de la subjetividad, es decir, de la voluntad creadora del hombre* (Cfr. Universidad Católica de Colombia, 2003).

En cambio, para el Realismo Jurídico *la realidad no se confunde con el mundo material sino que aquella realidad posibilita el conocimiento más allá de nuestra propia conciencia que, a su vez, participa de una forma más alta, el ser*.³ Por ello, en el conocimiento del jurista no sólo está comprometida una actividad intelectual, sino que además se conecta a *la aprehensión de unos principios prescriptivos de orden moral, los principios del derecho natural* (Rojas, 2013, p. 6).

Como advierte Hervada en diálogo con Javier Escrivá Ivars

Este *hecho social* es algo tan arraigado en la vida humana y tan propio del ser humano –que es un ser *necesitado* de cosas para su vida, su trabajo, su alimentación, su ocio, en suma, para su desarrollo– como que las cosas del entorno humano *están repartidas*, no todo es de todos, sino que cada una está atribuida a un poseedor, aunque de diversas maneras. Cada cosa –material o inmaterial (como el honor, un cargo, un poder, etc.)– pertenece a alguien. Y esto lleva a que, como la persona es *domina*, dueña de su ser y capaz del dominio –en sentido general– sobre su entorno, las cosas le pertenecen, son suyas. Y este estatuto social de la persona debe ser respetado, hay que dar a cada uno lo suyo. Esto no es una teoría, sino una vivencia constante de la Humanidad a lo largo de su historia, como es una realidad social en nuestros días. Cada uno tiene sus cosas y ese estatuto

³ Sobre la definición de Realismo y su diferencia con el idealismo, vid. Cardona (1973, pp. 86 y ss.).

debe ser respetado y, en general, es respetado. Pero a la vez como los hombres somos seres finitos e imperfectos pueden darse casos de dudas acerca de a quién pertenece una cosa –lo que puede dar lugar a disputas y conflictos–, de cómo debe ser respetada su posesión y casos en que se lesiona su pertenencia, lo cual da lugar a la aparición de unos expertos en determinar a quién pertenece una cosa, de qué modo le pertenece, en qué condiciones puede usar de ellas, etc. Estos expertos son los juristas, de los cuales los hay a quienes se les ha atribuido la función de dictaminar lo dicho, con potestad de resolver los posibles conflictos o determinar las penas que merecen quienes lesionan ese estatuto de la persona y sus cosas: son los jueces, individual o colegialmente, los cuales son los juristas por antonomasia. (2009, pp. 587-588)

En otras palabras, al jurista le corresponde decir el derecho, el *ius*, y por eso el objeto de su labor considera por esencia *lo que define al ser, lo que lo constituye*, y por existencia, *el hecho de existir*. Desde esta fuente filosófica el *Realismo Jurídico Clásico* propone entonces *la aprehensión de unos principios prescriptivos* (los principios del derecho natural que son esas mismas realidades valiosas por sí mismas) *y se define a través del material prescriptivo aportado por dichos principios para el Derecho: la justicia del jurista*.

En otras palabras, para el *Realismo Jurídico Clásico* el Derecho es lo que pertenece a un sujeto “de suyo” (lo justo con respecto a él); mientras que la ley es una regla de conducta, con fuerza vinculante de un sujeto respecto a otro o a la sociedad; como recuerdan Sancho Izquierdo y Hervada,

Para el *Realismo Jurídico* el derecho o *ius* es ante todo la cosa justa [diáfana] Siendo la justicia la virtud de dar a cada cual lo suyo (el *suum cuique*) el *ius* es precisamente la cosa que, por justicia, hay que dar a cada uno (el objeto de la justicia y del arte del jurista); pues, en efecto, la cosa debida (no la facultad de exigir, ni la ley) es lo que constituye el derecho (*ius*) de cada cual. Tal es la llamada concepción *realista* del derecho. (1980, p. 209)

Así las cosas, el Realismo jurídico clásico afirma *la conciencia del ser* aprehendida desde la realidad diáfana que *reconoce la dualidad –derecho positivo/derecho natural- por la que la ley positiva es o ha de ser una forma de darse -histórica y contextualmente- de la ley natural sin que ésta agote todos los campos de*

aquella.⁴ Porque, tal y como resume Forero, sus postulados básicos son:

- (i) La realidad jurídica es análoga, (ii) la noción primaria del derecho es el *ius*, (iii) la ley no es el mismo derecho, sino cierta razón de él, (iv) el fundamento del derecho es la naturaleza humana, (v) el ordenamiento jurídico es en parte natural y en parte positivo, y (vi) el juicio es la determinación recta de lo justo. (2002, p. 118)

Ahora bien, habiéndose establecido que la realidad jurídica es análoga, en parte natural y en parte positiva, queda claro que la ley –el derecho positivo- tiene que ver con la convención humana y, por lo mismo, es histórica y relativamente construida, mientras que el derecho natural es debido y exigible gracias a la naturaleza humana. Razón por la que “*ius* sirve para designar el objeto del arte del derecho: es lo que determina y dice el jurista. De *ius* derivan *iustum* y *iustitia*. Justicia es la virtud del *ius* y *iustum* es el mismo *ius* en cuanto es obrado por la justicia; en este sentido -no en cuanto apelativo del hombre que obra con justicia- *iustum* es palabra del género neutro como *ius*, pues son sinónimos: lo justo. Decir o determinar el *ius* es decir o determinar el *iustum*, lo justo. En esto consiste, pues, el arte del jurista: decir o determinar lo justo” (Hervada, 1988, pp. 282-283).

2.2. La virtud de la justicia

Naturalmente, de la discusión precedente resulta claro volver sobre la pregunta elemental: ¿qué es lo justo? Pregunta que equivale exactamente a preguntarse qué es el *ius* o derecho. Cuestión que había ya sido abordada por Tomás de Aquino en su tratado *De iustitia et iure*, parte de la Moral especial o Secunda Secundae de la Suma Teológica, y que respondía recordando que el vocablo derecho originariamente se empleó para significar la misma cosa justa, más tarde se usó para designar el arte o ciencia para discernir qué es lo justo; posteriormente, el lugar donde se otorga el derecho; y, finalmente, la sentencia. Dicha torsión, es claro, ha generado múltiples conflictos y ha enturbiado, la significación original y más simple de los términos: *iustum* -o sea el *ius* o derecho- es el objeto de la justicia, una virtud o hábito de la voluntad (*constans et perpetua*

⁴ Al respecto: Cardona (1973, pp. 87-102.)

voluntas según la definición de Ulpiano) de *dar a cada uno lo suyo*.

Lo cual, a su vez, supone que la justicia sigue al derecho, al reparto. De ahí que recuerda Hervada:

De todas estas variantes tiene relieve en la teoría del derecho la que dice «lo debido» (o «lo que se le debe»), en latín *debitum*, porque «lo suyo» tiene como característica que es una deuda, que es debido; si darle lo que alguien califica como suyo, no le es debido es que no es suyo en el sentido de la justicia, porque no es un derecho; derecho es lo debido, lo que tiene carácter de deuda en sentido estricto, y por eso el justo se *lo da* al titular, paga la deuda según las peculiaridades de esta deuda.[...] En efecto, como el acto de dar a cada uno lo suyo aparece como imperado, como resultado de un mandamiento u obligación, es fácil trastocar la fórmula por «debe darse». Trastrocamiento en el que han caído preclaras inteligencias como Kelsen. A mí me interesaba dejar claro este punto, que puede parecer nimio y sin embargo es importante, porque en realidad desdibuja la noción de justicia y la altera. La justicia no es una norma, no es un mandamiento (un *sollen*), sino un hábito de la voluntad y como tal su objeto son conductas, actos, que en su caso pueden ser *el cumplimiento* de un mandato o de un deber, pero no son ni el mandato ni el deber. Una cosa es el deber y otra distinta la conducta que cumple el deber. (Hervada en: Escrivá Ivars, 2009, p. 593-594).

Sin embargo, es necesario advertir desde el principio que la justicia no es la virtud específica del jurista. Su virtud específica es la prudencia -la *iuris prudentia*-, porque lo propio del jurista es un *saber* -práctico-, operación de la mente, no es un operar obra de la voluntad, que es el sujeto de la justicia. Por eso, como señala Gabriel Mora Restrepo,

[l]a ley tiene un contenido necesariamente deudor, busca convertirse en una verdad acerca del orden; al deber en sentido ontológico, a la tensión experimentada entre el orden del ser y aquella parte del orden que tiene que ser establecido socialmente por el legislador. Y la primera forma de expresión del deber en sentido ontológico es el derecho natural, sí por esta entendemos la inclinación natural del hombre al debido orden de sus actos y sus fines, cuyos preceptos consisten, a su vez, en formulaciones deudoras las cuales derivan del primero de ellos, es decir, del deber de hacer el bien y de evitar el mal. (2002, p. 206)

De acuerdo con lo anterior, pese a la relación íntima entre la justicia y el arte del derecho, este último debe atender, simultáneamente, lo “de suyo” de las cosas y “lo de suyo debido” para las conductas. Y ello se consigue, para el caso del realismo jurídico, volviendo a la diáfana sentencia del Aquinate, por la cual “la

justicia es el hábito según el cual cada uno, con constante y perpetua voluntad, da a cada cual su derecho [Pero] para que un precepto dado por quien manda en la comunidad obligue al hombre en cuanto tal es preciso que sea justo, o sea que reúna dos requisitos: que el poder sea legítimo y que el contenido de la ley sea justo” (Summa Theologica, II-II, q. 96, a. 4- q. 68, a. 1).

Por lo mismo, lo práctico que ha de saber el jurista es “[...] algo tan fundamental y tan importante para las relaciones sociales como es *lo justo*. El jurista se dedica a desvelar qué es lo justo en las relaciones sociales, en la sociedad [...] porque el saber jurídico es un saber práctico que busca determinar o discernir, en relaciones concretas, que es *lo justo o lo debido*” (Hoyos, en: Hervada, 2005. p. IX.). La *determinatio* de esa relación de poder que ejerce la sociedad sobre cada individuo se establece de forma normativa, esto es, a través de las normas. Porque la norma apenas sigue a la justicia y esta al derecho a “lo de suyo” de cada cual, la cosa justa respecto de la naturaleza humana: la persona humana.

2.4 El bien en sí mismo

La particularidad humana, fundada en *la natural dignidad de la naturaleza humana* requiere de unas condiciones mínimas para su posibilidad: los derechos inalienables, o los bienes básicos que, en sí mismos, constituyen las condiciones que inhieren la dignidad humana personal. Y en este punto, precisamente, el realismo jurídico clásico recalca que cualquier sistema de ordenación de la conducta personal y social que no siga el *ius*, como la cosa justa, no puede propiamente ser llamado un orden jurídico. Por cuanto, anota Serrano Villafaña:

[...] la fundamentación personalista hace de la persona humana el fundamento próximo del Derecho, puesto que el fundamento último o razón suprema del derecho hay que buscarla en un principio exterior y superior, causa eficiente de todo derecho, porque a la idea de la justicia corresponde la existencia de la ética [...] el derecho como la moral, tienen su principio en la naturaleza y esencia del hombre. Pero lo que interesa a nuestro objeto es que la justicia del derecho positivo implica una relación de subordinación al *orden moral* y este al *universal*. (pp. 69-70)

En dicho contexto, el Derecho sirve a la sustantividad moral de la persona y a su modo de *ser absoluto, apropiado*; esto es, a su teleología. Pero ello no puede

materializarse sino *dentro de un sistema de justicia* donde el derecho positivo –en tanto que sistema de poder- posibilite adecuadamente la realización de la dignidad personal de todos los hombres en su proyección más perfecta. Por eso, siguiendo Forero, “para el realismo jurídico clásico, el derecho es, de acuerdo con definición del Dr. Javier Hervada, ‘aquella cosa que, estando atribuida a un sujeto, que es su titular, es debida a éste, en virtud de una deuda en sentido estricto’ de lo cual se deduce que el derecho y lo justo son lo mismo que lo suyo en cuanto debido” (2003, p. 167). Y lo “de suyo” es lo *debido*, en cuanto se le debe como individuo. Ya que lo justo consiste en garantizar y *dar a cada cual*, en primer lugar, lo que de hecho ya se le debe, por su ser *persona*; y ¿qué se le debe por tal dignidad? El conjunto de bienes que, por su propia realidad, corresponden al hombre y son *de carácter extrapatrimonial, inalienable, imprescriptible e irrenunciable* por constituir verdades objetivas o principios sólidos: bienes en sí mismos⁵.

Ahora bien, dada la aclaración preliminar, queda en claro que para el realismo jurídico, ni la titularidad ni la exigibilidad tienen aquí las notas que usualmente se les asigna en el derecho positivo, pues su fundamento no es el haber sido “puesto y/o impuesto” por una autoridad legítima (lo que es ya una cuestión política y no jurídica), sino ser *debidas* por la realidad misma que determina el “de suyo” del derecho, aunque este no sea todo el derecho, o resultar de su adecuación a la realidad social. Una adecuación social de la alteridad a través de “normas jurídicas” que, siguiendo a Hervada,

[...] consiste en la conformidad de la norma con la naturaleza de las cosas. Entendiendo por naturaleza en este caso la ontología –el ser de las cosas-, sean elementos filosóficamente calificables de esenciales, sean calificables de accidentales. Ello se resume en seguir las reglas del arte o la técnica que

⁵ De acuerdo con Forero: “Los bienes que constituyen el conjunto de derechos naturales son aquellos que corresponden necesariamente a la constitución de la persona humana en sí misma, sumando las inclinaciones básicas de su existencia, las operaciones por las cuales éstas se desarrollan, y los objetos sobre los cuales estas últimas recaen. Así, estos bienes naturales comúnmente aceptados por las doctrinas antropológicas, están: (i) vida (corporal y espiritual), (ii) inclinación a la conservación, (iii) inclinación a la comunicación, (iv) inclinación a la relación con un ser superior, (v) inclinación al trabajo y al correlativo descanso, (vi) inclinación a la unión conyugal y la procreación, (vii) inclinación a la socialidad, y (viii) inclinación a la posesión de cosas o “dominio”. A éstos, necesariamente habrá que sumarles tanto las operaciones que las desarrollan como sus objetos, v. gr. a la inclinación a la conservación, le corresponden la operación de alimentarse o medicarse, con sus objetos los alimentos y los medicamentos”. (2003, p.128)

corresponda en cada caso [dado que] La naturaleza de las cosas es la estructura y sustancia de lo real exterior al hombre, que condiciona su hacer sobre la realidad objetiva circundante. (1995, p. 359)

Para los efectos de este artículo pueden dejarse de lado muchos otros elementos que constituyen la opción por el realismo jurídico clásico; baste por el momento retener la idea de una fundamentación metafísica del derecho que, como se verá en lo seguido, es perfectamente convergente con *Laudato si'* y la justicia, en sentido ambiental.

3. Elemento justeóricos para una comprensión de la encíclica *Laudato si'*

Tres conferencias clave de las Naciones Unidas: la Tercera Conferencia Internacional sobre la Financiación para el Desarrollo (Addis Abeba, Etiopía) de 2015, la Cumbre de las Naciones Unidas para la adopción de la Agenda de Desarrollo a partir de 2015 (Nueva York, del 25 al 27 de septiembre de 2015) y la Vigésimo Primera Sesión de la Conferencia de las Partes en la Convención marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático (COP21), celebrada en París en 2015, son hitos jurídicos internacionales que ponen de presente la preocupación mundial respecto de los problemas ambientales.

Sin embargo, como señaló Francisco,

En lo relacionado con el cambio climático, los avances son lamentablemente muy escasos. La reducción de gases de efecto invernadero requiere honestidad, valentía y responsabilidad, sobre todo de los países más poderosos y más contaminantes. La Conferencia de las Naciones Unidas sobre el desarrollo sostenible denominada Rio+20 (Río de Janeiro 2012) emitió una extensa e ineficaz Declaración final. Las negociaciones internacionales no pueden avanzar significativamente por las posiciones de los países que privilegian sus intereses nacionales sobre el bien común global. (LS, 169)

Los pobres resultados en materia de legislación pueden deberse, entre otras cosas, a que el Derecho ambiental –en tanto especialización de contenidos positivos- ha subsumido el tema de la llamada “justicia ambiental” al desarrollo del contenido del propio su especialidad (Barrera Carbonell, 2006). De forma que la práctica de la “justicia ambiental” se limita al trámite y/o “resolución” de los conflictos sobre derechos ambientales que depende(n) de la fuente constitucional,

legal, reglamentaria o normativa que haga parte de la legislación ambiental del país.

Bajo esa perspectiva, que es la misma perspectiva tecnocrática denunciada en Laudato sí (Cfr. LS, 106-114), no se cuestiona el fundamento de dicha concepción. Pues lo importante es la ley no importa de dónde provenga o que contenido tenga. No existen, por ello, estudios justeóricos sobre el tema de los “derechos de la naturaleza” y su particular relación con la dignidad personal. De ahí que la Corte Constitucional tuviera que ampararse, en la precitada sentencia T-622 de 2016, en un supuesto:

[...] enfoque ecocéntrico [que] parte de una premisa básica según la cual la tierra no pertenece al hombre y, por el contrario, asume que el hombre es quien pertenece a la tierra, como cualquier otra especie. De acuerdo con esta interpretación, la especie humana es solo un evento más dentro de una larga cadena evolutiva que ha perdurado por miles de millones de años y por tanto de ninguna manera es la dueña de las demás especies, de la biodiversidad ni de los recursos naturales como tampoco del destino del planeta. En consecuencia, esta teoría concibe a la naturaleza como un auténtico sujeto de derechos que deben ser reconocidos por los Estados y ejercidos bajo la tutela de sus representantes legales, verbigracia, por las comunidades que la habitan o que tienen una especial relación con ella. Este enfoque en particular, al igual que los anteriores, encuentra pleno fundamento en la Constitución Política de 1991, en particular, en la fórmula del ESD (artículo 1º superior) en tanto define a Colombia como una República democrática, participativa y pluralista, y, por supuesto, en el mandato constitucional de reconocer y proteger la diversidad étnica y cultural de la nación (artículos 7º y 8º). Respecto de este último enfoque la Corte ha señalado en la reciente sentencia C-449 de 2015 que la perspectiva ecocéntrica puede constatar en algunas decisiones de esta Corporación; por ejemplo, la sentencia C-595 de 2010 anota que la Constitución muestra igualmente la relevancia que toma el medio ambiente como bien a proteger por sí mismo y su relación estrecha con los seres que habitan la tierra. En igual sentido, la sentencia C-632 de 2011 expuso que: “en la actualidad, la naturaleza no se concibe únicamente como el ambiente y entorno de los seres humanos, sino también como un sujeto con derechos propios, que, como tal, deben ser protegidos y garantizados. En este sentido, la compensación ecosistémica comporta un tipo de restitución aplicada exclusivamente a la naturaleza’. Postura que principalmente ha encontrado justificación en los saberes ancestrales en orden al principio de diversidad étnica y cultural de la Nación (art. 7º Superior)”. (Fundamento 5.9.)

Como se evidencia, las fuentes teóricas sobre el sustrato de un “deber de” o “para con” la naturaleza utilizadas por la Corte Constitucional colombiana parecen

corresponder con los lineamientos de una perspectiva biocéntrica que otorga valor moral únicamente al ser humano pero que permite la valoración de lo no humano. Lo que resulta en una visión antropocéntrica débil, propia de movimientos verdes y animalistas, que autores como Sachs y Santarius consideran una parte de la justicia ecológica que prescribe:

Todo lo vivo forma parte de la biosfera. La vida no está diseminada aquí y allá, sino que existe como un conjunto continuo. [...] La vida es un acto comunitario. El individuo sea la anemona o el baobab, el gusano o la ballena, surge a partir de un tejido de relaciones múltiples. Lo mismo ocurre con el ser vivo llamado hombre. Aunque disponga de lenguaje y cultura no se contrapone a la naturaleza; es parte de la comunidad vital que habita el planeta. La naturaleza no es para él entorno sino contorno. (2007, p. 43)

En dichas perspectivas, que representan una disputa con el liberalismo y se acercan más al comunitarismo, no hay sin embargo reflexiones jusfilosóficas, pues su centro de trabajo es político. Hace falta entonces pensar iniciativas como *Laudato si'* desde la perspectiva del jurista, propia del realismo jurídico clásico, para recoger los fundamentos y fines que puede tener una justicia ambiental –no liberal- en sentido propio.

El primer punto que enfrenta *Laudato si'* es que la base de la crisis ecológica que se encuentra el *paradigma de dominio*, continua siendo el pilar fundamental en las teorías liberales (y neoliberales) de la justicia. Ya que, para autores como Rawls (1971) la igualdad respecto de las libertades fundamentales es un elemento indispensable de la justicia y la diferencia, en cuanto la inequidad solo es un baremo en la distribución en beneficio de los menos favorecidos. Por ello, según Bellmont,

La lucha por la justicia desde una perspectiva liberal convencional, va en contravía de los intereses estrictamente ambientales, ya que su objetivo es mantener el nivel de vida humano formulado desde el bloque Norte, para que el bloque Sur continúe su intento por alcanzarlo, a partir de una lógica desarrollista en la que los países más pobres, persiguen de manera infructuosa las condiciones de vida humana existentes en las naciones más ricas y en su fallido proyecto reproducen la disparidad que los afecta. (2012, p. 10)

En dichas perspectivas, como la justicia resulta de un procedimiento consensual de acuerdo –lo mismo en Nozick y Habermas- y no de un algo objetivo y real; no

puede decirse con propiedad que algo sea de alguien de forma definitiva –justa-sino sólo relativa.

En cambio, para el realismo jurídico clásico,

Puesto que la justicia consiste en dar a cada uno lo suyo, no será posible ejercer esta virtud allí donde no haya cosas de cada uno; o allí donde, habiéndolas, nunca están bajo el poder de otro. Dos son, pues, los supuestos de la justicia y el derecho. En primer lugar, el reparto de las cosas, las cosas están repartidas; en segundo lugar, las cosas están o pueden estar bajo el poder de otro. (Hervada, 1988, pp. 284-285)

En ese caso, la naturaleza no está a disposición ni es para el usufructo del ser humano, pues se reitera con Francisco, “No somos Dios. La tierra nos precede y nos ha sido dada” (LS, 67); y ello significa que constituye uno de los primeros débitos naturales. De suerte que se hace justicia “Porque se da lo suyo según justicia. Y la justicia da al titular del derecho exactamente lo suyo, ni más ni menos” (Hervada, 1988, p. 287).

No quiere decir lo anterior que toda la tierra, por ser dada, corresponda a todos; pues “la justicia no consiste en dar a uno una cosa para que sea suya; no consiste en hacer que una cosa sea suya de alguien. Consiste en dar a cada uno lo suyo. Por lo tanto, el derecho -el *ius*- preexiste a la justicia. Sin *ius* o derecho preexistente, no es posible la acción de la justicia” (Hervada, 1988, p. 289). Así, de lo que advierte Francisco es del despotismo antropocéntrico y de “[e]sta responsabilidad ante una tierra que es de Dios [e] implica que el ser humano, dotado de inteligencia, respete las leyes de la naturaleza y los delicados equilibrios entre los seres de este mundo (LS, 68).

Sin embargo, lo justo respecto de la naturaleza no es algo indeterminado porque lo justo es lo suyo, lo de alguien, y, por lo tanto, es perfectamente determinable por el título y la medida. “Por el título, aquel a quien está atribuida la cosa recibe el nombre de titular. Pueden ser título de un derecho: la ley, el contrato, los hechos jurídicos y la naturaleza humana” (Hervada, 1988, p. 292). Y de esta última fuente toda persona humana participa, aunque el antropocentrismo moderno “debilita el valor que tiene el mundo en sí mismo. [Y] termina dando prioridad absoluta a sus conveniencias circunstanciales, y todo lo demás se vuelve relativo” (LS, 115 y 122). De suerte que *ya no se reconoce alguna verdad objetiva o unos principios*

universalmente válidos como que “cuando se habla de “medio ambiente”, se indica particularmente una relación, la que existe entre la naturaleza y la sociedad que la habita. Entonces, la naturaleza no es algo separado de nosotros o un mero marco de nuestra vida. Estamos incluidos en ella, somos parte de ella y estamos interpenetrados” (LS, 139).

La interpenetración a la que se refiere Francisco apunta a mostrar que la conversión ecológica implica el compromiso moral y la responsabilidad para con la naturaleza y que no es una ddiva, a la manera de las lecturas liberales convencionales, sino parte de «*labrar y cuidar*» *el jardín del mundo*. En el sentido que el mundo expresa la *ecología integral* (el hombre, la familia, la sociedad, el bien común y la justicia) que algunas teorías contemporáneas alternativas de la justicia han empezado a considerar.

En efecto, en sintonía con Francisco, recuerda Bellmont,

[...] a partir de las críticas a la teoría de la justicia clásica (Rawls), provenientes de diferentes corrientes de pensamiento (Principalmente se toman aportes de las teorías feministas de la justicia, en las que se enmarca el pensamiento de Nancy Fraser y Martha Nussbaum. También se recogen elementos de la idea de la justicia de Amartya Sen) se formularon una serie de “complementos” a dicha teoría, que a la luz de esta investigación resultan pertinentes dada la integralidad del concepto de justicia ambiental. Estos planteamientos contribuyen con la evolución de la teoría liberal de la justicia hacia la incorporación de valores que van más allá del individualismo, y permiten la inserción de nuevas valoraciones en beneficio de los intereses colectivos, fortaleciendo una identidad dada por la relación y el compromiso del individuo con el grupo del que proviene o al que pertenece, así como la capacidad del mismo para ser parte de una colectividad como expresión de su propia libertad, contenida en la obligación de completar, mantener y/o restaurar la sociedad dentro de la cual alcanzó la identidad como individuo. Esto en desarrollo de una nueva idea de la justicia, que la humanidad debe interiorizar y materializar para garantizar no solo la paz en la convivencia, sino también su propia supervivencia como especie habitante del planeta. (2012, p. 15)

En suma, Laudato si’ recoge varios de los elementos problemáticos que la tradicional liberal (y neoliberal) no ha podido enfrentar y que las mencionadas posturas alternativas intentan ahora conciliar en lo que Francisco ya vio con claridad: “no podemos pretender sanar nuestra relación con la Naturaleza y el ambiente sin sanar todas las relaciones básicas del ser humano” (LS, 119); “La

ecología integral es inseparable de la noción de bien común, un principio que cumple un rol central y unificador en la ética social.” (LS, 156); “El bien común presupone el respeto a la persona humana en cuanto tal, con derechos básicos e inalienables ordenados a su desarrollo integral (LS, 157); el bien común requiere la paz social, es decir, la estabilidad y seguridad de un cierto orden, que no se produce sin una atención particular a la justicia distributiva [...] Toda la sociedad – y en ella, de manera especial el Estado– tiene la obligación de defender y promover el bien común; y “el principio del bien común se convierte inmediatamente, como lógica e ineludible consecuencia, en un llamado a la solidaridad y en una opción preferencial por los más pobres” (LS, 158).

Volviendo sobre la “traducción jurídica”, puede decirse que la ecología integral, a la que apunta *Laudato si'*, es una “regla de conducta, cuyo cumplimiento es una obligación de justicia, una deuda justa, tanto si procede de la autoridad social, como si proviene de la capacidad de compromiso de las personas, del consentimiento del pueblo o de la naturaleza humana” (Hervada, 1988, p. 296). Y, precisamente, por ello es una norma jurídica que llama a la acción porque, como advierte Francisco, “*Si la tierra nos es donada, ya no podemos pensar sólo desde un criterio utilitarista de eficiencia y productividad para el beneficio individual. No estamos hablando de una actitud opcional, sino de una cuestión básica de justicia, ya que la tierra que recibimos pertenece también a los que vendrán*” (LS, 159).

En tal sentido, es deber de justicia una *ciudadanía ecológica* que vele por *nuestra casa común*. Ya que, advierte Francisco, la ecología no es algo accidental, sino que permea todas las dimensiones del hombre asumiendo el principio tomista del ‘*Bien Común*’, pilar fundamental de la Enseñanza Social de la Iglesia que inspira también a la Universidad Católica de Colombia, e invitando a la esperanza, al dialogo y a la acción. Más aún, cuando ha dicho Francisco que “un factor que actúa como moderador ejecutivo es el derecho, que establece las reglas para las conductas admitidas a la luz del bien común” (LS, 177). Previo pasó por la criba de la ciudadanía ecológica; pues, dice Hervada,

[...] ante las leyes, el ciudadano tiene la *libertad de la conciencia* [...] las leyes deben tender a *mejorar y desarrollar* la buena ciudadanía, lo que comporta que conduzcan a los ciudadanos al ejercicio de las virtudes

correspondientes; pero, al propio tiempo deben partir del estado moral vigente. [...] La tolerancia de las leyes tiene delimitación clara: las leyes no pueden tolerar aquellas conductas que atentan directamente contra las instituciones sociales básicas o los derechos más fundamentales de las personas. (2005, p. 96)

Ciertamente, existe la relación jurídica –la relación de justicia- entre la *tierra* que *nos es donada* y el *ens creatum*, para usar la terminología de Jaramillo; por lo que es primariamente una relación de deuda y el derecho o *ius* se constituye como tal por su índole de debida. Luego si es debida, al tratarse de deuda en sentido propio, resulta ser exigible por el titular, pero ¿a quién se debe cuando se trata de la naturaleza? A la ecología de la cual somos parte; “olvidamos nosotros mismos que somos tierra (cf. Gn 2,7). Nuestro propio cuerpo está constituido por los elementos del planeta, su aire es el que nos da el aliento y su agua nos vivifica y restaura” (LS, 2).

En tal sentido, cuando la Corte Constitucional consideró que *la justicia con la naturaleza debe ser aplicada más allá del escenario humano y debe permitir que la naturaleza pueda ser sujeto de derechos* simplemente reconocido que lo justo es que el deudor debe dar al acreedor y eso es justamente el derecho de éste. Dicho de otro modo, lo dado debe ser *igual* a lo debido, exactamente, cabalmente, debido. Determinar lo justo consiste en determinar lo igual a lo debido. Aun si “quien” se le debe no puede exigir, manifestarse, por sí (como en el caso de río); de cualquier forma el realismo destaca que “la juridicidad o esencia de lo jurídico reside en el derecho, en lo justo, y consiste en la relación de débito o deuda, que comporta una exigibilidad” (Hervada, 1988, p. 294).

Ahora bien, como el realismo jurídico clásico reconoce un sustrato natural no adolece del antropocentrismo despótico denunciado por Francisco; antes bien advierte que la norma jurídica, en la perspectiva de la filosofía del derecho, se determina por su función y relación con el derecho: causa y medida suya [...] Según esto, la definición de la norma jurídica se expresa con la clásica dicción *ratio iuris*; lo que en castellano tiene dos formas equivalentes de decirse: *la norma jurídica es la regla del derecho*, o también, *la norma jurídica es el estatuto del derecho*. (1995, p. 320)

Dicho de otra manera, aunque la ley es causa y medida del derecho, en primer lugar, en cuanto la norma causa-crea derechos y obligaciones de rango legal y, en segundo lugar, porque establece la medida el cómo, cuándo, dónde y hasta donde dichos derechos y obligaciones tienen alcance; no es, ni puede ser, la realidad del derecho sin un sustrato real *de lo real como real*: lo natural que, en la perspectiva de Laudato sí, corresponde a toda la *ecología integral*.

Por supuesto, las líneas precedentes no pretenden cerrar la discusión ambiental, sino tan sólo mostrar como el realismo jurídico clásico puede proveer elementos justeóricos de análisis respecto de cómo determinar el derecho, esto es, cómo determinar lo justo en materia ambiental. Lo cual, para el caso, es función del jurista pues este no es un operario de la ley –como consideran los idealistas amarrados al antropocentrismo- sino su intérprete; lo que de hecho implica tener un marco desde el cual poder interpretar en función de lo justo y ese marco es, precisamente, “el medio ambiente [...] un bien colectivo, patrimonio de toda la humanidad y responsabilidad de todos. [Porque] Quien se apropia algo es sólo para administrarlo en bien de todos. Si no lo hacemos, cargamos sobre la conciencia el peso de negar la existencia de los otros” (LS, 95).

CONCLUSIONES

Hacia la construcción de una justicia ambiental desde el punto de vista realista

Dado el espíritu ecuménico y multicultural de la encíclica *Laudato sí'* sin duda muchas son las aristas de reflexión que posibilita. Aunque, de hecho que el Papa aproveche la autoridad moral y espiritual que posee no para imponer una doctrina, sino para abrir un diálogo con todos (creyentes de distintas confesiones, e incluso no creyentes) sobre algo que a todos afecta: el cuidado de nuestra casa común, es el mayor valor de esta encíclica. Sea este el momento, también, para iniciar un diálogo abierto con todas las posturas justeóricas alrededor de la justicia ambiental desde estas líneas de análisis.

1. Se observa cómo persiste una serie de fenómenos que muestran que la

naturaleza sufre un creciente deterioro que está socavando las bases mismas de la existencia de la vida en el planeta y que ello está propiciado por un antropocentrismo despótico.

2. No es posible pretender sanar nuestra relación con la Naturaleza y el ambiente sin sanar todas las relaciones básicas del ser humano y ello requiere una *conversión ecológica* en el sentido *integral* del término

3. La Encíclica “Laudato Si” llama a una *ecología integral* que conjugue los términos ambientales, económicos, sociales, culturales y de la vida cotidiana, incluso haciendo referencia al bien común y a la relación entre generaciones diversas; pues, *no estamos hablando de una actitud opcional, sino de una cuestión básica de justicia.*

4. Laudato si’ es la primera encíclica destinada a mostrar que la problemática socio-ambiental actual, requiere de una ciudadana ecológica militante pues la ecología se convierte en lugar teológico que devela la crisis ética y social.

5. El realismo jurídico clásico en tanto opción intelectual puede “traducir” el nuevo paradigma ecológico que procura Francisco al lenguaje jusfilosófico.

6. Por vía de la realidad del derecho natural, el cual funge como criterio de validez del derecho positivo contra el injusto normativo, es posible una fundamentación metafísica de la justicia ambiental –distinta a la que ha presentado usualmente el modelo liberal.

7. Desde el oficio y la función social de los juristas: “decir, determinar el derecho sea natural o positivo” resulta posible superar la división conceptual entre derecho y moral para el caso de la *conversión ecológica.*

REFERENCIAS

- Barrera Carbonell, A. (2006). "Los Jueces y la Justicia Ambiental". En: *Revista JurisDiction* Año 1 Número 1, Segundo Semestre de 2006, Bogotá D.C., disponible en <http://www.encolombia.com/derecho/RevistaJurisDiction/Asomagister11206/Asomagister11206Losjueces.htm>
- Bellmont, Yairi. (2011) "El concepto de Justicia Ambiental". En: Mesa (Ed.), *Elementos para una Teoría de la Justicia Ambiental y el Estado Ambiental de Derecho*. Bogotá: UNIJUS, pp. 63-86.
- Bellmont, Yairi. (2012). *El Concepto de Justicia Ambiental: reflexiones en torno a la jurisprudencia constitucional colombiana del siglo XXI*. Tesis para optar al título de Magíster en Medio Ambiente y Desarrollo. Universidad Nacional de Colombia Facultad de Ciencias Económicas - Instituto de Estudios Ambientales Maestría en Medio Ambiente y Desarrollo Bogotá D. C. (Colombia)
- Castaño, Alejandro. (2013). *Introducción a la Razón Práctica del Derecho. Una perspectiva del iusnaturalismo renovado*. Bogotá: Universidad Sergio Arboleda.
- Cardona, Carlos. (1973) *Metafísica de la Opción Intelectual*. Madrid: Rialp.
- Colombia. Corte Constitucional. Sentencia T-080 de 2015, M.P. Jorge Iván Palacio Palacio.
- Colombia. Corte Constitucional. Sentencia T-622 de 2016, M.P. Jorge Iván Palacio Palacio.
- Colombia. Corte Constitucional. Sentencia T-411 de 1992, M.P. Alejandro Martínez Caballero.
- Escrivá Ivars, Javier y Hervada, Javier. (2009) *Relectura de la obra científica de Javier Hervada. Preguntas, diálogos y comentarios entre el autor y Javier Hervada. Segunda Parte*. Pamplona: Universidad de Navarra.
- Forero Forero, Claudia. (2004). "Derecho natural: verdadero derecho para el Realismo Jurídico Clásico". En: *Revista Telemática de Filosofía del Derecho*, n° 7 2003/2004, ISSN 1575-7382.

Forero Forero, Claudia. (2003). "Principios constitucionales: manifestación positiva de los principios generales del derecho (sistema jurídico colombiano: derecho en parte natural y en parte positivo)", en: Revista Telemática de Filosofía del Derecho, n° 6 2002/2003

Francisco, Papa. (2015). Encíclica 'Laudato Si'. En: http://w2.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco_20150524_enciclica-laudato-si.html.

Hervada, Javier. (1995) Lecciones Propedéuticas de Filosofía del Derecho, 5ª ed. Pamplona: EUNSA.

Hervada, Javier. (2005) ¿Qué es el Derecho? La Moderna Respuesta del Realismo Jurídico. Bogotá: Temis.

Hervada, Javier. (2000). Introducción Crítica al Derecho Natural. Bogotá: Temis.

Hervada, Javier. (1988) "Apuntes para una exposición del realismo jurídico clásico". Revista Díkaion, Vol. 2. pp. 281-300. Bogotá: Universidad de la Sabana

Hervada, Javier. (2002). Coloquios propedéuticos sobre el derecho canónico. Pamplona: Universidad de Navarra.

Hoyos, Ilva Myriam. Estudio Preliminar, en: Hervada, Javier. (2005) ¿Qué es el Derecho? La Moderna Respuesta del Realismo Jurídico. Bogotá: Temis.

Jaramillo, R. (1993). La Actitud Moderna y Premoderna ante la Naturaleza. En Revista Argumentos, Nº. 30. Bogotá D.C.: ECOE ediciones, pp. 33-45.

Latorre, Ángel. (2000). Introducción al Derecho. Nueva edición puesta al día. Barcelona: Ariel.

Martínez-Alier, J. (1991): La ecología y la economía. Madrid: Fondo de Cultura Económica.

Massini, C. (1995) Sobre Realismo Jurídico. El concepto de derecho, su fundamento y su concreción judicial. Buenos Aires: Lexis Nexis-Abeledo Perrot

Mejía Correa, Iván Fernando. (2016). 'Laudato si': un nuevo paradigma ecológico. Universidad Santo Tomás, Facultad de Teología. RAM 7.1, pp. 137-154 /

ISSN 2011-9771

- Mesa Cuadros, Gregorio. (2011). "Elementos para una teoría de la Justicia Ambiental. En: Mesa (Ed.), Elementos para una teoría de la Justicia Ambiental y el Estado Ambiental de Derecho. Bogotá: UNIJUS, págs. 25-62.
- Mora Restrepo. Gabriel (2002). Ensayo sobre "lo justo político" a la luz del pensamiento aristotélico. En: Dikaión, Revista de fundamentación jurídica. Año/vol. 16, número 011
- Pineda Rivera, Diego Antonio. (2015). De un antropocentrismo despótico a una ecología integral: algunos comentarios en torno a la Encíclica *Laudato si'*, del Papa Francisco. En: Revista Javeriana Edición No. 818, '*Laudato si'* El cuidado de la casa común'. Bogotá: Fundación Escritores y/o Revista Javeriana, pp. 65-79.
- Rawls, John. (1971). Teoría de la Justicia. México: Fondo de Cultura Económica (ed. 1996)
- Riechmann, J. (2003). "Tres principios básicos de la justicia ambiental". En: RIFP 21, pp. 103-120. En: <http://es.scribd.com/luisdo/d/17114109-Riechmann-J-Tres-principios-basicos-de-justicia-ambiental-2003>
- Rojas González, G. (2012) De la Justicia a los Derechos Fundamentales. Una lectura desde el Realismo Jurídico. Bogotá: Ed. Temis-Universidad Católica de Colombia.
- Ruiz López, L. "La metafísica zubiriana", en: Marquínez, G y Niño, F. (2009). Introducción a la Filosofía de Xavier Zubiri. Bogotá D.C., Editorial El Búho.
- Sachs, W. y Santarius, T. (2007). Un futuro Justo. Recursos limitados y justicia global. Barcelona: Icaria
- Sancho Izquierdo, Miguel y Hervada, Javier. (1980) Compendio de Derecho Natural. Pamplona: EUNSA
- Serrano Villafaña. E. Fundamentación metafísica del Derecho en el realismo Filosófico. En: biblio.juridicas.unam.mx/libros/1/422/6.pdf
- Tomás de Aquino. Summa Teológica. Porrúa, México, Núm. 301 (1-V). Edición crítica leonina. BAC, Madrid: 1954. 16 t. Tr. Francisco Barbado Viejo, O.P.
- Tomás de Aquino. Summa contra gentiles. México: Porrúa, Núm. 317.

- Universidad Católica de Colombia. (2003). *Philosophica Iuris. Rev.*, Facultad de Derecho, Nº 1. Bogotá: UCC.
- Vila-Coro, María Dolores. (2010) *La Vida Humana en la Encrucijada. Pensar en la bioética*. Madrid: Ed. Encuentro.
- Vigo, R. (2003). *El iusnaturalismo actual de M. Villey a J. Finnis*. México: BFP.